E V. 3 - 2

MIGUEL HERRERO

GENESIS DE LA FIGURA DEL DONAIRE

DE LA «REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA»
TOMO XXV — 1941

T# 49588

MADRID
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE SILVERIO AGUIRRE TORRE
General Alvarez de Castro, 40
1941

A D. Joaquinito

MdH

DE LA «REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA», 1941, XXV

GÉNESIS DE LA FIGURA DEL DONAIRE

Los principales historiadores del teatro clásico español han buceado en los orígenes de la figura del «gracioso», elemento característico de la revolución escénica operada por Lope de Vega. Todos han concretado sus exploraciones al terreno exclusivamente literario. Todos han pretendido encontrar los ingredientes que constituyen en definitiva el tipo del «gracioso» en los bobos del teatro de Lope de Rueda, en los ribaldos de los libros de caballerías, cuyo ápice está en Sancho Panza, en los pícaros de la novela española, en el soldado fanfarrón de la comedia primitiva, en el *servus* de la comedia latina...; total, en el campo de la Literatura.

Insistiendo sobre estas huellas, el Sr. Montesinos acometió el estudio de la figura del donaire, buscando sus caracteres, sus actitudes, sus procederes y todo su desenvolvimiento, dentro del teatro de Lope, como creación lopeveguesca, riquísima de facetas y pletórica de posibilidades teatrales. El trabajo del Sr. Montesinos cae de lleno en el campo de la fenomenología escénica. Aun llegando a publicar el estudio lato que tiene prometido, del cual no es más que un esbozo lo que hasta ahora ha publicado [1], no saldrá, por el camino emprendido, de allegar nuevos casos o modos de presentarse el gracioso, nuevas manifestaciones de su compleja personalidad. Pero, en definitiva, no habrá salido del terreno de Ticknor, de Schack, de Klein, etc.; es decir, del terreno literario; y en ese terreno, a mi ver, no se hallan los verdaderos antecedentes del gracioso, ni por ahí se llegaría más que a obtener la casuística del tipo, no la teoría que explique su génesis y su significación.

---

[1] Vd. *Homenaje a Menéndez Pidal,* t. I, pág. 469.

UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA BIBLIOTECA

La tesis que yo voy a desarrollar en este trabajo sostiene que la figura escénica del «gracioso» se forma de tres elementos o ingredientes, todos tres tomados de la realidad histórica de la época de los Austrias, y ensamblados en la figura creada por Lope de Vega.

El primer elemento es un tipo de *criado confidente* y camarada de su señor, producto especial de las circunstancias históricas.

El segundo elemento es el *hombre de placer,* otra realidad de la alta sociedad de aquel entonces.

El tercer elemento, igualmente tomado de la realidad como los otros dos, es el sentido prosaico, económico y positivista del vulgo, que Lope ha concentrado conscientemente en la figura del gracioso, para dar más realce, por contraluz, al sentido caballeresco de la figura central de la comedia: el galán.

Una vez que hayamos aislado y fijado estos tres ingredientes que componen la figura del gracioso, quedarán explicados todos los casos, todas las maneras de ser y hacer de los graciosos. Tendremos el esquema general de la figura creada por Lope e imitada por los comediógrafos de su escuela [1], y tendremos, además, todos los tipos que, aun siendo cómicos, no cuadren en dicho esquema, los que podríamos llamar «graciosos espúreos», que, en definitiva, no son más que creaciones independientes de la escuela de Lope, rebeldías a su férula de dictador, rasgo valiosísimo para determinar el mayor o menor grado de personalidad o de sometimiento de los cultivadores del teatro.

El primero de esos tres elementos, al que se concreta este artículo, fué un tipo real de criado, que verdaderamente existió en la sociedad contemporánea de Lope. En efecto, en la

---

[1] Lope fué, en efecto, el creador de esta figura que tan enorme fortuna tuvo en el teatro del siglo XVII. Su primera aparición fué en la comedia *La Francesilla,* como el mismo Lope declara: «Fué la primera en que se introdujo la figura del donaire, que desde entonces dió tanta ocasión a las presentes».

Obra citada. Dedicatoria; R. Ac. N. E., V, 665.

sociedad del siglo XVII se daba un tipo de criado confidente, aliado con su señor por lazos de íntima camaradería, dentro de la cual el criado hace funciones de elemento directivo, de cabeza pensante, dejando al señor el papel de elemento ejecutivo, de acción y responsabilidad. De esta realidad histórica nos da testimonio fehaciente el texto que sigue de don Jerónimo de Salas Barbadillo, texto que considero pieza maestra de este trabajo:

«Defecto es que he visto en muchos, y algunos son tan llegados al extremo en este modo de sujección y esclavitud al criado de quien hacen confianza, que no se visten, ni comen, ni aun pienso que se van a confesar, con ser este negocio del alma, sin darle primero parte, o por lo menos el confesor es elegido por su mano, y si se da alguna limosna señala hasta qué cantidad, aumentando o cercenando en lo que su amo ha dispuesto como en bienes propios; y con el mismo desprecio y enojo tratan a los hijos y sobrinos de casa, que en otras a los esclavos viles que traen de Berbería. ¡Triste cosa es que un hombre fíe tan poco de su discurso que a los cuarenta años de su edad tome un ayo y tutor que le dure toda la vida! No negaré yo, porque me parece bien, que los señores tengan un criado confidente con quien comuniquen todos sus sacramentos, y escuchando su consejo elijan aquello que con la razón hiciere buena consonancia y lo demás lo retiren; pero que sin preceder examen de si entalla bien o mal al propósito lo que mi criado me dice, a ojos cerrados le crea y haga con él la misma fineza que con los catorce artículos que me propone la iglesia, que por ser todos de fe los creo y reverencio, señores, ¡disparate es a pagar de mi dinero!» [1].

Conforme a este texto, el amigo confidente al que el señor comunicaba sus más íntimos secretos y al que pedía consejo en todo, era tan corriente, tan bien visto, tan normal, que el mismo Salas Barbadillo lo aprueba, aunque condene las exageraciones que a veces se daban de sometimiento y esclavitud del amo al criado.

---

[1] SALAS BARBADILLO: *El sagaz Estacio*. Clás. Cast., LVII, 245.

El mismo hecho social e idéntica manera de enjuiciar el problema vamos a ver en el sesudo D. Juan Ruiz de Alarcón:

PADRE. No es criado el que te doy,
mas consejero y amigo.
HIJO. Tendrá ese lugar conmigo.
CRIADO. Vuestro humilde esclavo soy[1].

Y completando el pensamiento de Salas Barbadillo, o sea reprobando el demasiado ascendiente de los criados, dice Alarcón:

SEÑOR. Llama.
CRIADO. Obedecerte quiero.
SEÑOR. Eso, Fineo, es servir;
que un criado ha de advertir,
mas no ha de ser consejero[2].

Si no consejero, ya se le concede al criado ser advertencia, aviso y consorte mental de su amo. A despecho de estas reprobaciones de los escritores satírico-moralistas, la realidad del criado-amigo se imponía y se daba generalmente por buena, como lo expresa este dístico de sor Juana Inés de la Cruz:

¡Oh, Hernando, qué tesoro es tan preciado
un fiel amigo o un leal criado![3].

Este hecho histórico-social fué llevado al mundo escénico por Juan de la Cueva, en su *Comedia del Tutor*, representada en Sevilla el año 1579. Allí aparecen dos galanes, estudiantes de Salamanca, los dos con sendos criados confidentes, tipos en los que el primer elemento del gracioso está captado plenamente. Es más: Licio, uno de ellos, esboza ya con toda claridad la figura del donaire. La misma travesura, el mismo alarde de graciosidad:

---

[1] ALARCÓN: *La verdad sospechosa*, I; Riv., XX, 321-a.
[2] ALARCÓN: *El tejedor de Segovia*, 2.ª parte, I; Riv., XX, 395-b.
[3] *Los empeños de una casa*, I; Riv., XLIX, 288-b.

La hora que quiero es
en que veas un entremés
que te hartes de reír.

. . . . . .

Yo me quedo ya vistiendo,
y comiénzate a ir riendo
de lo que más has de ver [1].

Yo no sé si las travesuras de Licio hicieron reír o no a Aurelia; pero lo que es innegable es su actitud consciente de hacer gracia.

En la *Comedia del viejo enamorado*, estrenada en 1580, vuelve Cueva a intentar una realización escénica de criado confidente en la figura del rufián Barandulo, sin dejar de ponerle su *mica salis* en la nota de cobardía, magníficamente lograda, nota que tanto porvenir había de tener en los graciosos de la escuela lopesca [2].

En la *Tragedia de Virginia y Appio Claudio*, también de 1580, el personaje de la leyenda romana, que según Livio es un cliente de Appio Claudio, del que éste se valió para raptar a Virginia, Cueva lo transforma en un criado confidente al estilo del seiscientos español, si bien acaba delatando a su amo por salvar él la vida [3].

Otros atisbos de esta clase de criados se observan en los «pajes» de las obras de Cueva; pero tal vez la nota más saliente en ellos no es el confidente, sino otro elemento de los que entraron a componer el tipo del gracioso, y que en su día estudiaremos. Quédale a Lope la gloria de haber creado la figura del gracioso, fundiendo en ella los tres elementos indicados; pero esto no quita reconocer que desde 1579, diecinueve años antes que se escribiera *La Francesilla*, el gracioso, si no había pisado francamente la escena española, se había asomado a ella en *la huerta de Doña Elvira* [4].

---

[1] JUAN DE LA CUEVA: *Comedia del Tutor*, tercera jornada, ed. Bibliófilos Españoles, vol. XL, págs. 377 y 378.

[2] Vd. obra cit., ed. Bibliófilos Españoles, t. XLVII, págs. 275 y 301.

[3] Vd. obra cit., Bibliófilos Españoles, t. XLVII, pág. 82.

[4] Sobre la fecha de *La Francesilla*, vd. BUCHANAN: *Modern Lang Notes*, 1917, pág. 305. Vd. RENNERT: *Vida de Lope*, pág. 543.

No es menos interesante todavía otro aspecto de la *Comedia del Tutor*, de Cueva, para el problema de que tratamos. Una vez asentado el realismo del criado confidente, vamos a dar otro paso en busca de las causas históricas que dieron lugar a la formación de este género de sociedad o camaradería entre señores y criados; y es la *Comedia del Tutor* la que nos pone en la pista del descubrimiento. Creo que era en las Universidades, con su medio de vida peculiar, donde se iniciaban estas relaciones también peculiares entre sirvientes y señores, y de donde solían derivarse después a otros medios sociales ajenos a la vida universitaria, conservando siempre, mientras la camaradería duraba, indicios innegables del origen estudiantil de su iniciación. Es un hecho conocidísimo, del que dan razón *El licenciado Vidriera*, de Cervantes, y *El buscón Don Pablos*, de Quevedo, que los hijos de caballeros y de personas pudientes que iban a la Universidad a cursar sus estudios allegaban a su lado algún muchacho capigorrón para su servicio. Luego, la igualdad de edad y la agilidad mental en que el criado pobre excedía de ordinario al señor rico, soldaban insolublemente la camaradería. El criado, sin dejar de ser criado, era el mejor y más inseparable amigo de su amo: le temía y se le atrevía, le aconsejaba con prudencia y le ayudaba con temeridad, buscaba y aun robaba para él cuando venían mal dadas, y le gastaba y robaba cuando las circunstancias lo permitían; era su brazo derecho y su conciencia, su heraldo y su estela.

Este tipo estudiantil, o mejor aún, este tipo de sociedad heril, derivaba luego, por lo común, fuera del ambiente universitario, y perduraba, si no toda la vida, al menos durante toda la juventud de amo y criado.

Las pruebas de que Lope extrajo de esta cantera real e histórica el elemento cómico bautizado con el nombre de «gracioso», nos las facilita el mismo Lope, y vamos a analizarlas una a una por orden de relativa importancia.

Prueba primera.—Casos de criados que aparecen en escena en situación de gorrones, o sea en servicio activo en la Universidad. El de *La esclava de su galán:*

DON JUAN. ¡Yo, Señor! ¿Qué dices?
PEDRO. *(Ap.)* *¡Vivit Dominus,* que estaba,
cuando *intravimus per portam,*
soplaverunt en la sala!
DON FERNANDO. Hijo, no recibas pena,
ni las colores te salgan
al rostro; que en dar estado,
mucho los padres se engañan,
contra el gusto de los hijos.
Dime, por Dios, si te casas;
que cien mil ducados tengo,
tu padre soy. ¿Por qué causa
fías tu secreto a un mozo,
y de tu padre te guardas?
¿Hay otra luz en mis ojos,
ni otros ojos en mi cara?
DON JUAN. ¡Señor!...
DON FERNANDO. No te turbes, di.
PEDRO. *(Ap. a Don Juan.)*
Confiesa, Señor: ¿qué aguardas?
Advierte que dice que eres
oculorum de su cara.
DON JUAN. Señor, si verdad te digo,
por tu gusto me ordenaba.
Yo no soy para la Iglesia.
Cásome con una dama
virtüosa y bien nacida,
aunque pobre.
DON FERNANDO. ¡Esas palabras
han salido de tu boca,
sin que yo te saque el alma!
¡Fuera! *(Saca la espada.)*
LEONARDO. ¡Estáis en vuestro seso!
¡Para vuestro hijo espada!
DON ANTONIO. ¡Señor Don Fernando!...
DON FERNANDO. ¡Fuera!
PEDRO. *(Ap.)* *Cogivitur* en la trampa.
LEONARDO. Teneos.
DON FERNANDO. ¿Qué he de tenerme?—
¡Vil bastardo! ¿Ansí se hallan
cinco mil ducados? Fuera.
PEDRO. ¿Bastardos los padres llaman
los que ellos hacen? Que estotro
como él le hiciera en su casa,

Siguiente

¿qué le costaba salir
más por mujer que por dama?

DON JUAN. Señor, pues quisiste bien,
cuando sin disculpa andabas
con la madre que me diste,
¿por qué mis años infamas?
¿Tengo yo culpa de ser
bastardo?

PEDRO. *Veritas* clara.

DON FERNANDO. Ahora bien: por los presentes,
con la infame vida escapas.
Vete de Sevilla luego;
que la hacienda que pensaba
dejarte, al primer convento
la dejaré por mi alma. —
¡Hola! Echadle esos vestidos
y libros por la ventana. —
Idos, pícaro. *(A Pedro.)*

PEDRO. Señor,
yo no me caso.

DON FERNANDO. Si a casa
volvéis, yo os haré colgar
de una reja.

PEDRO. *¿Qua de causa?*
¿Soy yo pierna de carnero?

DON FERNANDO. Ea, los bastardos vayan
al rollo de Ecija[1].

El de *El Dómine Lucas:*

—¿Estudiante? ¿De a dó bueno?
—Salmanticense, señor.
—Sosegaos; no hayáis temor,
y cubríos; que hace sereno,
y es para el cerebro malo.
—Tiene razón, en verdad.
—*Quam artem?*... ¿Qué facultad?
—*(Ap.* Con el latín me regalo:
ya voy cobrando el aliento.)
Logicam audio et sum ego
compostellanus.
—¿Gallego?

[1] *La esclava de su galán,* I; Riv., II, 489.

—*Maxime.*
—(*Ap.* ¡Gracioso cuento!)
¿A qué habéis aquí venido?
—*Veni ad agitandos tauros,*
con otros dos bacalauros,
que los habemos corrido.
—¿Servís?
—Al hombre más ruin
que tiene toda la Europa:
Testigo esta pobre ropa.
—¿Y de qué?
—Curo un rocín
y compro lo que manduca.
. . . . . .
¡A buen mozo, por mi vida
doy de comer y salario!
—Si no os soy más necesario,
da venia que me despida,
quia vado per pasteles,
et ad tabernam cum bota.
Quítese la sotanilla
y el sombrero.
—Que me place.
Pero, ¿de qué intento nace,
siendo tan mala el pedilla?
Ea, declare si es *ludus.*
—Camine, capigorrón.
—*Nudus* salí del mesón,
et illuc revertar nudus.
¿Quién sois?
—Ya, señor, lo veis.
El que vuestro auxilio implora,
pauper escholasticus,
que pide un poco de pan[1].

El de *El enemigo engañado*:

(*Entra* RUFINO.)

RUFINO. ¿Vive aquí el señor...?
GERARDO. ¿Quién?
RUFINO. Creo
que no he de acertar su nombre.

[1] *El Dómine Lucas,* I; Riv., I, 46 y 47.

LAVINIO. ¿Qué es lo que quiere, buen hombre?
RUFINO. Decirlo, en verdad, deseo:
el señor...
LAVINIO. (El no lo acierta.)
RUFINO. *Escolasticus non est?*
LAVINIO. *Máxime, Dómine.*
RUFINO. Pues,
quid stamos in relierta?
¿A Virgilio no ha leído?
LAVINIO. Si leí.
RUFINO. Bien vió al piadoso
Eneas, del mar furioso,
salir roto y destruído.
LAVINIO. Muy bien.
RUFINO. ¿Y lo de Cartago?
LAVINIO. Todo lo sé.
RUFINO. ¿Y que de Elisa
trocó en congoja la risa?
LAVINIO. Ya sé que la dió mal pago,
y como a Italia se fué
y con Turno peleó.
RUFINO. Ansí, ¡por Dios!, acerté.
GERARDO. ¿Si busca a Turno?
LAVINIO. Yo, ¿en qué?
RUFINO. ¿Quién era aquella señora
por quien hicieron batalla?
LAVINIO. Lavinia.
RUFINO. Ved si se halla
todo por ingenio. Agora
a Lavinio busco.
GERARDO. ¡Amén!
¡Que es el hombre de oro fino!
RUFINO. Ansí me llaman Rufino.
GERARDO. Sois, Rufino, hombre de bien.
¿Qué queréis?
RUFINO. Está aquí la mula.
Mi señor, el licenciado...
LAVINIO. (El corazón me lo ha dado,
que con saltos me atribula.)
¿Es Feliciano?
RUFINO. *Idem est*[1].

---

[1] *El enemigo engañado*, II; R. Ac. N. E., V, 124.

En estas tres escenas que he transcrito Lope ha llevado al teatro la realidad tal como la conocían y veían sus contemporáneos. El gracioso está sorprendido en su nacimiento, en su ambiente original. Lo engendraban las circunstancias especiales de la vida universitaria, que fundían en comunidad de sentimientos e intereses dos individualidades tan distantes como rico y pobre, poder y necesidad, aristocracia y sencilla hidalguía, pretensiones de altos vuelos y satisfacciones de *ir saliendo.* Que Lope haya sacado a escena graciosos capigorrones, o en estado estudiantil, más constituye una prueba del hecho social antes asentado que de la tesis que quiero probar, o sea que los demás graciosos que aparecen en diversísimos estados y circunstancias extrauniversitarias proceden del campo universitario. Después que hayamos aducido las pruebas de este último aserto será cuando las escenas del gracioso capigorrón, que dejo copiadas, revistan carácter y cobren fuerza de prueba de la teoría general. Prosigamos, pues.

Prueba segunda.—Los casos de criados que confiesan ellos mismos en escena que su oficio arranca de la Universidad, donde entraron al servicio de su señor. Dice el de *Pobreza no es vileza:*

¿Para eso me sacaste
de capigorrón de escuelas,
y por bonete y sotana
me diste plumita y cuera?

Y confirma el señor:

Panduro, si te saqué
de Alcalá, quiero que sepas
que fué más para ser ayo
de mi honor, que porque vengas
a graduarte de bravo.

Y requeteconfirma el ex gorrón:

¡Por la tribuna de Dios
que a ser brodista me vuelva,

y a escribir mil solecismos
a Alcalá contra la guerra,
en un latín remendado
que ningún hombre le entienda,
y que a cualquier boticario
pueda servir de recetas![1].

Y aun nos va a poner en antecedentes de qué modo de vida llevaba en la Universidad:

—¿Qué érades antes vos?
—Era estudiante.
—¿Qué facultad?
—Compraba la comida.
—¿Nunca fuisteis pasante?
—Antes pasaba
mucha necesidad.
—Pues de ese modo
sabréis poco latín.
—Griego sé un poco.
Pegúnteme. Señor, Vuestra Excelencia
y verá cómo en griego le respondo.
—¡Si no sé griego yo!
—Desta manera
mil dicen que lo saben, porque al griego,
como nadie lo sabe, callan luego[2].

Otro caso de criado que declara su anterior condición estudiantil:

¡Mal hayan tantos inviernos
como pasé en Salamanca
estregando tus manteos!
—¡Oh, qué pucheros tan feos!
—Que no se me da una blanca.
¿Hay más de volver allá
otra vez a sorber caldo?[3].

---

[1] *Pobreza no es vileza,* I; Riv., IV, 240.
[2] *Ibídem,* III; Riv., IV, 248.
El Alcalde mayor, III; Riv., IV, 44.

Otro criado que recuerda sus tiempos de escolar al servicio de un estudiante rico:

Pues digo yo que apostar
es en esto lo más sano;
que en Salamanca, un verano
que serví a cierto escolar,
sobre una cátedra hacían
los dichos cien mil apuestas;
porque no son como éstas
que de las armas se fían[1].

Otro que afirma su extracción universitaria:

CELIO. Penuria, nunca me has hecho
ningún gusto.
PENURIA. Yo le haré.
Laudabo manos marmoreas
ubi tu abrasadus vivis
y los pechos de *nix, nivis*
ubi amor est albis boreas.
CELIO. No afrentes tanta hermosura
con disparates latines.
PENURIA. Alabarle he los chapines
et pedes.
CELIO. ¡Qué gran locura!
PENURIA. *Laudabo...*
CELIO. No alabes más.
PENURIA. *Laudabo...*
CELIO. No seas pesado.
PENURIA. *Lauda...*
CELIO. Basta lo alabado,
que despeñándote vas.
Alaba agora, que es justo,
m iresolución, mi empleo,
mi perdición, mi deseo,
mi elección y mi buen gusto.
PENURIA. A un dómine que ha estudiado
gramática veinte y siete
años y que se promete
a nonada un obispado,

[1] *El mejor mozo de España,* I; Riv., III, 617.

y que es tu capigorrón
y lo será eternamente,
¿le quitas que de repente
diga latín? No es razón[1].

Otro que va a la guerra al lado de su amo, ahorcados los hábitos estudiantiles:

REY. ¿Por qué dejaste tu tierra?
CARLOS. Por medrar algo en la guerra,
porque me faltó favor
para las Letras, Señor.
REY. Justa ocasión te destierra.
GUARÍN. Yo también era estudiante
y estaba muy adelante
y por servirte he venido
con Carlos.
CARLOS. Mi amigo ha sido
en fortuna semejante[2].

Otro que recuerda su abolengo gorronista con el nombre especial del argot estudiantil valenciano:

De cuando yo fuí gorrón,
que llaman aquí en Valencia
machucas, esta sentencia
aprendí de Cicerón[3].

Idénticamente a lo que pasa en Lope sucede en otros autores contemporáneos. Comience el desfile este ejemplar de Ruiz de Alarcón que confiesa sus escarceos latinistas antes de meterse a criado:

SEÑOR. Diestro estás; por Dios que envidio
lo que en *arte de amar* sabes.
CRIADO. Ni me envidies ni me alabes,
sino al ingenioso Ovidio,

---

[1] *El casamiento por Cristo,* I; R. Ac. N. E., II, 1.
[2] *La obediencia laureada,* II; Riv., IV, 173.
[3] *El bobo del colegio,* I; Riv., I, 181.

de quien lo dicho aprendí;
que, aunque en servir he parado,
mi latincillo he estudiado [1].

En Tirso de Molina hallamos asimismo casos de criados graciosos que han hecho camaradería con su amo en la Universidad, han salido de la Universidad para acompañar a su señor a la guerra, en calidad de asistente, y han vuelto con su señor otra vez a la Universidad en su primitivo papel de capigorrón.

En *El mayor desengaño*, el gracioso es el capigorrón del estudiante caballero, y cuando éste determina meterse en un monasterio, el gorrón adopta determinación análoga:

Desde hoy me vuelvo ermitaño,
o motilón de un convento [2].

En la comedia *La elección por la virtud*, el criado, Decio, es tan estudiante como su señor, Césaro, y entre ambos pasan discusiones escolásticas [3].

PRUEBA TERCERA.—Todos los graciosos o criados confidentes descubren su indiscutible raíz universitaria en que hablan latín. ¿Cómo se explica que Lope, el introductor de este tipo en el teatro, le haya hecho latinista desde el primer momento? Desde *La Francesilla* comienza el criado a mostrarse iniciado en las lenguas extranjeras:

TRISTÁN. Y vos,
¿volete, dona onorata,
que li done cualque pata,
digo, mano? [4].

Esto cree Tristán que es hablar francés. A partir de este momento, el gracioso chapurrea algunas palabras latinas. El de *El perro del hortelano:*

---

[1] ALARCÓN: *El desdichado en fingir*, II; Riv., XX, 148-b.
[2] TIRSO: Obra citada, N. B. A. E., IV, pág. 116.
[3] TIRSO: Obra citada, I; N. B. A. E., IV, 346.
[4] *La Francesilla*, I; R. Ac. N. E., V, 675.

Récipe un desdén extraño,
sirupi del borrajorum,
con que la sangre *templorum,*
para asegurar el daño.

Récipe signum celeste,
que *Capricornius dicetur:*
ese enfermo *morietur,*
si no es que paciencia preste.

Récipe que de una tienda
joya o vestido *sacabis:*
con tabletas *confortabis*[1].

El de *El acero de Madrid:*

Y os salgáis a pasear
al Soto, Atocha o al Prado;
pero con mucho cuidado
de que el sol nos ha de dar;
porque allá Galeno dice
que cuando acero *tometur,*
sol in capite non detur,
que a la cura contradice.
. . . . . .
Así lo dijo Avicena,
quando anima, contristatur,
corpus maximé gravatur.
Y importa dejar la pena[2].

El de *Mirad a quién alabáis:*

Ley *Tibio,* párrafo *miedo,*
dicen que quien *tempus habet,*
y aguarda que *veniat tempus,*
pues que no mereció silla
quasi jumento albardetur[3].

---

[1] *El perro del hortelano,* II; Riv., I, 349.
[2] *El acero de Madrid,* II; Riv., I, 367 y 372.
[3] *Mirad a quién alabáis,* II; Riv., IV, 467.

El de *Servir a señor discreto:*

¡Zelaverunt! ¿Qué doncella
se encontrará como tú?[1].

El de *Guardar y guardarse:*

DOÑA HIPÓLITA. ¿Cómo?
CHACÓN. Andamos
en *Lúcas* y *tentación.*
DOÑA HIPÓLITA. ¡Bien pronunciado latín!
CHACÓN. Soy lacayo de romance;
basta que a saber alcance
a conjugar un rocín[2].

El de *La fuerza lastimosa:*

Por Dios, si no te reparo
la punta en el *vade mecum,*
que con un *Dominus tecum*
me pasas de claro en claro[3].

El *De cosario a cosario:*

MENDO. Ciertas las señales son.
Morietur, no hay remedio;
que, por no darte temor,
lo digo en latín.
DON JUAN. Dotor,
¿no habrá un medio de por medio?
MENDO. *Récipe* para esa tos
aquam de guardar *doblonis,*
sirupi conversationis
de otra mujer, *uncias* dos;
que con esto y *fregatorum*
de *piernis,* esa inquietud
cesará, y tendrás salud
in saecula seculorum[4].

---

[1] *Servir a señor discreto,* I; Riv., IV, 74.
[2] *Guardar y guardarse,* III; Riv., II, 398.
[3] *La fuerza lastimosa,* I; Riv., III, 263.
[4] *De cosario a cosario,* III; Riv., III, 499.

El de *La octava maravilla:*

MOTRIL. Gente *non sancta*[1].

El de *La competencia en los nobles:*

Su hermosura reverencio;
pero tú eres ya, señor,
en el infierno de amor
amante *nulla est redemptio*[2].

PRUEBA CUARTA.—El tipo de criado confidente hace fortuna en el teatro del seiscientos; lo introducen en sus comedias todos los dramáticos, y todos le conservan aquel dejo estudiantil, aquel chapurreo latino que revela la aquiescencia general sobre su origen real universitario. ¿Cómo, si no, se explica esa constante latinización del lenguaje del gracioso, lo mismo en Alarcón que en Tirso, lo mismo en Calderón que en todos sus discípulos? Aunque parezca la prueba algo prolija, no hace igual fe decirlo que verlo:

Graciosos de Tirso de Molina.

Aunque Tirso tiende muy frecuentemente a escoger a sus graciosos entre la grey villanesca, cuyo lenguaje busca el efecto cómico en la zafiedad y el vulgarismo campesino, todavía ofrece no pocos casos que chapurrean latín.

El criado Decio, de *La elección por la virtud,* declara:

Que no hay mejor *tomista*
que la que empieza en *Durando*[3].

El gracioso de la comedia *Tanto es lo demás como lo de menos:*

Seré, si *in puribus* ando,
Cupido de los lacayos[4].

---

[1] *La octava maravilla,* II; R. Ac. N. E., VIII, 272.
[2] R. Ac. N. E., IV, 262-a.
[3] TIRSO: Obra citada, II; N. B. A. E., IV, 347-b.
[4] TIRSO: Obra citada, II; N. B. A. E., IV, 136-a.

El gracioso Tamayo, de la comedia *Cómo han de ser los amigos*, a pesar de tener oficio de lacayo y andar entre harneros, mandiles y almohazas, sabe latín, y dice que él es ya criado *de requiem*, y pregunta a su amo si quiere que le canten el *Memento* o el *Peccantem me quotidie*, y él mismo entona el *quia in inferno nulla est redemptio* con toda corrección [1].

En la comedia *Amazonas en la India*, el gracioso Trigueros descubre irreplicablemente que estudió un tiempo el arte de Antonio:

TRIGUER. Nuestro de Campo Maestre,
Francisco Caravajal,
dice que le importa hablarte
cosas que llama el latino
arcanas, y es femenino
según Nebrija y el Arte [2].

Gracioso del Dr. Juan Pérez de Montalbán:

Bebo, como, calzo, visto,
corro, brinco, salto y bailo,
sin andar pidiendo al cielo,
muy devoto y mojigato,
la gracia del enviudar,
que es la gracia del casado.
Quam mihi et vobis nos dé
a cuantos juntos estamos [3].

Graciosos de Mirademescua.

El criado *Laín*, de la comedia *Obligar contra su sangre:*

Si te acuerdas de Virgilio,
cuando en *Eglogas* diciendo
formosum pastor citaba.
. . . . . .
Vi un *ab initio* en su rostro.
. . . . . .

---

[1] TIRSO: Obra citada, act. II y III; N. B. A. E., IV, 18 y 25.
[2] *Amazonas en la India*, II; N. B. A. E., IV, 566-b.
[3] *La más constante mujer*, II; Riv., XLV, 501-a.

Cimeterio de poquito
y *requiem aeternam* romo[1].

Graciosos de Calderón.

DINERO. Y en conclusión
est custos infantis sic;
que por no espantar a todos
decirlo quise en latín[2].

FABIO. Con Enrique viene hablando
submissa voce[3].

PONLEVI. Hablo así, *Deum de Deo,*
que es decir, *de donde diere*[4].

ROBERTO. Esto se llama seguir
a longe.
. . . . . .
Aquesto dirá mi pena
con callados labios mudos:
Memento, amo, cien escudos
et in pulverem cadena[5].

ALFEO. ¡Oh tú, voz que *a longe* ayas,
¿dónde estás y cúya eres?[6].

ESPOLÍN. Justo es, por ser mandamiento
de amor el *non estorbabis.*
. . . . . .
Morietur que ya delira[7].

---

[1] MIRADEMESCUA: Obra citada, II; Riv., XIV, 65 y 67.
[2] *Mejor está que estaba,* III; Riv., I, 241.
[3] *El secreto a voces,* III; Riv., I, 427.
[4] *La banda y la flor,* I; Riv., II, 155.
[5] *Agradecer y no amar,* III; Riv., II, 610 y 614.
[6] *Mogiganga;* Riv., II, 629.
[7] *Para vencer amor, querer vencerle,* I; Riv., III, 168.

PASQUÍN. El albayalde, *exi foras*
la neguilla, *vade retro*[1].

MALANDRÍN. Fuera de que si *a priori*
el argumento se empieza...[2].

CAPRICHO. Que es acción *male morata*
contigo hablar.
. . . . . .
Idem per idem, señor,
iguales las quejas miden.
CÉSAR. ¿Cómo?
CAPRICHO. ¿Cómo? *Idem per idem*[3].

PATACÓN. En la silla y en las ancas
suben ambos, y él parece
(*textus in Góngora*, en el
romance de los Cenetes)[4].

PASQUÍN. *Lupus in fabula.*
LIBIO. ¿Cómo?
PASQUÍN. Como acabar de decirlo
y llegar los dos es uno[5].

ROSICLER. Pues si es viejo el ser romance,
¿hay más de que sea latín?
In Trapobana, mea patria,
Rex illustris, natus fui,
et amor unam sagittam
tiravit mihi vel mi;
non sagitta fuit vulgaris
attamen sagitta fuit

---

[1] *Las armas de la hermosura*, I; Riv., III, 193.
[2] *Amado y aborrecido*, II; Riv., III, 218.
[3] *Basta callar*, II; Riv., III, 265 y 269.
[4] *Las manos blancas no ofenden*, III; Riv., III, 392.
[5] *Los tres afectos de amor*, III; Riv., III, 352.

qua penetravit ad almam
con verbo illo volo vis.
Vidi calceamentum unum
phyllidis... [1].

VICENTE. Soy
criado adquirido *ad perpetuam*
Rei memoriam [2].

MERLÍN. Hacerte esta dama intenta
su secretario *ad amorem* [3].

MERLÍN. Pues sólo soy de su amor
curados *ad litem* [4].

GONZALO. Si me ha conocido, y es
conmigo, *requiem aeternam* [5].

LÁZARO. De picazos en gavilla
liberanos, Domine... [6].

LELIO. Es lo mismo que querer
tener coche sin cochero,
conditio sine qua non
se da amor...
. . . . . .
Pues no le dejan un *plus*
ni un *ultra* [7].

---

[1] *Céfalo y Pocris,* III; Riv., III, 502.
[2] *Las tres justicias en una,* II; Riv., III, 403.
[3] *Auristela y Lisidante,* II; Riv., III, 641.
[4] *La estatua de Prometeo,* III; Riv., III, 715.
[5] *Primero soy yo,* II; Riv., IV, 9.
[6] *Nadie fíe su secreto,* II; Riv., IV, 55.
[7] *Fineza contra fineza,* I; Riv., IV, 267.

FRISO. La caverna en taberna,
pues *cum amicis non reparatur in una littera*[1].

TURPÍN. ¿Y es peor ser yo aconsejante
que ser tú *rito credente?*[2].

MERLÍN. Servido de lo que llaman
lacayo *ad honorem*[3].

MORFODIO. Es un menguado de atar,
salvaje desde *ab initio*[4].

CALABRÉS. Dije mi afición por señas,
e *in voce* la digo ahora[5].

Gracioso de Vélez de Guevara.

JULIO. *In primis,* te afirmo
que tiene un ojo mayor[6].

Graciosos de Rojas Zorrilla.

CALABRÉS. Privado *a latere* tuyo[7].

BONETE. *Volaverunt*[8].

---

[1] *Ni amor se libra de amor,* II; Riv., XII, 669-b.
[2] *El segundo Escipión,* I; Riv., IV, 330.
[3] *Hado y divisa de Leonido y Marfisa,* I; Riv., IV, 360.
[4] *El privilegio de las mujeres,* II; Riv., IV, 406.
[5] *El monstruo de la fortuna,* I; Riv., IV, 452.
[6] *Enfermar con el remedio,* II; Riv., XIV, 438.
[7] *El monstruo de la fortuna,* III; Riv., XIV, 469.
[8] *El mejor amigo, el muerto,* II; Riv., XIV, 477.

Dije ya, noble auditorio,
porque estaba de represa,
soy *hablatem me quotidie,*
y tú *escuchantem et caetera*[1].

Estas damas, son sus partes,
contadas de *verbo ad verbum;*
esta es la carta que traigo,
y este el informe que he hecho[2].

ELENA. ¿Pues para darme la muerte
me pones un argumento?
Sofística está tu ira.
GUARDAINFANTE. ¿Hay más que decirle *nego?*
ELENA. Tu hermana soy.
GUARDAINFANTE. Las hermanas
nunca han sido de provecho.
ALEJANDRO. Ea, disparad, mueran todos.
ELENA. ¡Grande crueldad!
GUARDAINFANTE. *Volaverunt*[3].

COSME. Soltáronos de la escuela
adonde solos los grillos
son los que hacen buena letra.
Verbum caro factum est[4]

Sin más ni más se estará
toda una noche, aunque expire,
diciendo *¿vis aperire?*
aunque ella diga *efetà*[5].

Callando a quí como un monje
la lid sangrienta veré,
no hay mayor contento que
ver una batalla *a longe*[6].

---

[1] *Peligrar en los remedios;* Riv., LIV, 352-e.
[2] *Entre bobos anda el juego;* Riv., LIV, 18-e.
[3] *Dos bandos de Verona;* Riv., LIV, 387-e.
[4] *El más impropio verdugo de la más justa venganza,* III; Riv., LIV, 189-a.
[5] *Peligrar en los remedios,* II; Riv., LIV, 357-e.
[6] *Los áspides de Cleopatra,* III; Riv., LIV, 435-a.

SABAÑÓN. *(Ap.)* No me habla.
AGUEDA. *(Ap.)* El me quiere hablar.
SABAÑÓN. *Audis domina.*
AGUEDA. Ya entiendo.
SABAÑÓN. *Ego sum pauper.*
AGUEDA. ¡Qué malo!
SABAÑÓN. *Scholasticus.*
AGUEDA. ¡Qué bueno!
SABAÑÓN. *Et dabo tibi pecunias.*
AGUEDA. *Pues sequere me.*
SABAÑÓN. *Iam sequor.*
¿Latín sabéis?
AGUEDA. *Etiam domine.*
SABAÑÓN. *Praesta mihi manum.*
AGUEDA. *Nego;*
da mihi pecunias ante.
SABAÑÓN. Ni después dártelas quiero,
fuge, gorroncilla ruin.
AGUEDA. Gorrón, sucio, *vade retro*[1].

Graciosos de Moreto.

ALGUACIL. ¿Sois vos Don Pedro Pantoja?
PANTOJA. Yo soy.
ALGUACIL. Y ¿vos su criado?
GUIJARRO. *Ego sum.*
ALGUACIL. Vos en latín,
y vos en romance, vamos
a la cárcel[2].

GERUNDIO. *Domine, si, vado tecum,*
y *ad praeliandum* ha de ser.
CARLOS. ¿Qué es lo que quieres hacer?
GERUNDIO. Vender este *vademecum.*
CARLOS. ¿Para qué?
GERUNDIO. Tu juicio es corto:
por comprar, por sí o por no,
una mochila, que yo
omnia mea mecum porto.

---

[1] *Sin honra no hay amistad;* Riv., LIV, 298-b.
[2] *Las travesuras de Pantoja;* Riv., XXXIX, 396-b.

CARLOS. Ven, pues, Gerundio, y salgamos
a campaña hoy, si podemos.

. . . . . .

GERUNDIO. ¿No habla desto
Lex de muliere violata?
CARLOS. Pues ¿qué dice aquesa ley
GERUNDIO. Que las mujeres violadas
Son, como los lamedores,
buenas para las mañanas[1].

TARUGO. *Adsum.*
DOÑA ANA. Traza tiene de discreto.
TARUGO. Hacia el *agilibus,* mucho.
DOÑA ANA. ¿De dónde sois?
TARUGO. De los Hueros.
DOÑA ANA. ¿Los Hueros?
TARUGO. Es que mi madre,
cuando pensó que era huero,
me halló pollo.
DOÑA ANA. El es bellaco.
TARUGO. Honra que me hacéis en eso[2].

MOSQUITO. ¿Hay más de hacer yo el papel
in solidum sin que en él
entres tú de mancomún?[3].

SEÑORA. ¿Quién entra aquí?
CRIADO. *Ego.*
SEÑORA. ¿Quién?
CRIADO. *Mihi vel mi;*
escholasticus sum ego
pauper et enamoratus[4].

CRIADO. ¡Ah! ¡Caballero!
SEÑOR. ¿Quién me llama?
CRIADO. *Appropincuatio*
ad parlandum.

---

[1] *El licenciado Vidriera;* Riv., XXXIX, 250 y 253.
[2] *No puede ser...* Riv., XXXIX, 191-a.
[3] *El lindo Don Diego,* II; ed. «La Lectura», XXXII, 81.
[4] *El desdén con el desdén,* I; ed. «La Lectura», XXXII, 187.

SEÑOR. ¿Con quién?
CRIADO. *Mecum*[1].

Gracioso de D. Juan de Matos Fragoso.

LISARDO. ¿Cobras gajes?
HORMIGO. No, porque
es sólo plaza *ad honorem*[2].

Gracioso de D. Jerónimo de Villaizán.

Ya rabio por decírselo a mi amo..
Pero bien puede ser, verdades curso,
aunque a estas tablas se le altere el pulso,
que a los lacayos *quoque* les es dado
el soliloquio y el paloteado[3].

Gracioso de D. Francisco de Leiva.

El Gran Duque *verbo ad verbum*
me lo contó, y me pidió
tomase este negozuelo
por mi cuenta; y juro a Dios
y a la palabras del Credo...[4].

Gracioso de Ricardo del Turia.

En esta casa que ves,
gran bien mi alma especula.—
¿Digo bien, Leonardo?
CINTIO. ¿Pues?
BRAVONEL. Que *faciamus hic* los tres.
LEONARDO. ¿Qué?
BRAVONEL. *Tria tabernacula*[5].

---

[1] *El desdén con el desdén,* III; ed. «La Lectura», XXXII, 250.
[2] *El yerro del entendido,* II; Riv., XLVII, 267.
[3] *Ofender con las finezas,* I; Riv., XLV, 371.
[4] *La dama presidente,* III; Riv., XLVII, 381.
[5] *La burladora burlada,* II; Riv., XLIII, 223.

Gracioso de sor Juana Inés de la Cruz.

El vió volando esta garza,
y quiso matarla al vuelo;
con que si él ya la cazó,
ya para ti *volaverunt*[1].

Y aunque tú el agresor seas,
porque te ayudé al ruido
pago *in solidum* la ofensa[2].

Gracioso de D. Francisco de Bances Candamo.

MARÍN. Mujer, el diablo te trae
siempre a enredarnos, pues eres,
siguiéndole en cualquier parte,
mujer *a latere,* y él
marido *a nativitate*[3].

Gracioso de D.ª Ana Caro.

CONDE. Brindis.
GAULÍN. *Salutem et pacem,*
aunque sin razón me hacen,
digo que haré la razón.
CONDE. ¿Qué es esto?[4].

Gracioso de D. Juan de la Hoz y Mota.

CHINCHILLA. Que a aquella esquina
se paró uno, y los noventa
y nueve quedan *a longe*[5].

---

[1] *Los empeños de una casa,* II; Riv., XLIX, 296-a.
[2] *Los empeños de una casa,* III; Riv., XLIX, 297-b.
[3] *El sastre del Campillo,* II; Riv., XLIX, 359-b.
[4] *El Conde de Partinuples,* II; Riv., XLIX, 131-a.
[5] *El castigo de la miseria,* III; Riv., XLIX, 211-b.

Graciosos de D. Antonio de Solís.

ORTUÑO. ¿Qué dices?
DON GASPAR. Lo que has oído
es lo cierto.
ORTUÑO. Luego hace
a dos luces, y te viene
a ti *mutatis mutandis*[1].

¿Del enredo y del embuste
soy en Madrid el yo *autem?*[2].

¿Para qué más? Creo que es una especie de registro de matrícula por el que se comprueba que todos los graciosos de nuestro teatro han estado en la Universidad.

PRUEBA QUINTA.—El caso de criados que no tienen dificultad en fingirse gorrones y actuar de tales, con pleno conocimiento del lenguaje y costumbres de estudiantes.

No vale argumentar contra esto que es ardid muy corriente en el teatro que los graciosos se disfracen de buhoneros, lenceros, joyeros, sastres, jardineros, mozos de mulas, etcétera, porque aparentar y desempeñar correctamente todos estos papeles es factible sin ningún tecnicismo previamente aprendido. En cambio, el papel de escolar latinado, e idénticamente los papeles de letrado y médico, con su correspondiente lenguaje latinesco, no era posible hacerlo, ni resultaría verosímil, sin el avezamiento previo a la vida universitaria. Este es el caso del criado de *El Caballero de Olmedo*, cuando sale a escena fingiéndose gorrón y ofreciéndose a Don Pedro para enseñar latín a su hija:

El maestro que buscáis
está aquí, señor Don Pedro,
para latín y otras cosas,
que dirá después su efeto.

---

[1] *El amor al uso*, I; Riv., XLVII, 2-a.
[2] *El doctor Carlino*, I; Riv., 45-b.

Que buscáis un estudiante
en la iglesia me dijeron,
porque ya desta señora
se sabe el honesto intento.
Aquí he venido a serviros,
puesto que soy forastero,
si valgo para enseñarla [1].

Es decir, el criado hace el papel de gorrón mejor que ningún otro, aunque requiera experiencias y lenguaje académico, porque ha vivido un tiempo la vida académica. Y que el lenguaje latinesco era prueba corriente de pertenecer al gremio estudiantil, nos lo demuestra la siguiente escena de Rojas Zorrilla, donde sale otro criado haciendo papel de gorrón:

Sale CRISPINILLO *vestido de gorrón, con unas alforjas, botas y espuelas.*

CRISPINILLO. *Adsum.*
DON LUIS. ¿Vos venís, en fin,
desde la Universidad?
CRISPINILLO. *Etiam Domine.*
DON LUIS. Callad,
picarón, no habléis latín.
CRISPINILLO. *Non possum.*
DON LUIS. No me engañéis,
muy preciado de estudiante,
con decirme a cada instante
tres latines que sabéis [2].

Todavía se podrá reargumentar diciendo: si la prueba de que la mayoría de los criados confidentes procedían de camaraderías estudiantiles es que hablan latín, ¿cómo no lo hablan sus señores? Porque éstos no necesitaban de semejante alarde para nada, ni haber andado un tiempo en la Universidad les daba categoría. Les bastaba ser quienes eran, en tan-

---

[1] *El Caballero de Olmedo,* II; Riv., II, 376.
[2] *Obligados y ofendidos y Gorrón de Salamanca;* Riv., LIV, 64-a.

to que los pobretes de sus criados creían aumentar de categoría exhibiendo sus raíces humanísticas y recordando sus días de estudiantes. Esto mismo vino a desprestigiar al latín. A fuerza de oírlo chapurreado por bocas plebeyas, llegó a quitarle mérito, como se ve bien claro en esta escena de Lope. Enrique, un caballero necesitado, pretende colocarse en el servicio de un noble. Rufino, otro criado, explora sus cualidades, y entre otras, le hace esta pregunta:

RUFINO. ¿Sabéis latín?
ENRIQUE. Poco.
RUFINO. Ansí,
más basta el buen natural.
ENRIQUE. Un dómine gramatista
trujeron a nuestra aldea,
latino de ataracea,
entre ignorante y sofista.
Enseñónos a hablar mal,
que era lo que bien sabía.
RUFINO. Amigos negociaría,
que es siempre el mayor caudal.
ENRIQUE. Deseaba ser famoso
y descubrió su ignorancia.
RUFINO. Es, Enrique, la ganancia
de un arrogante envidioso[1].

En estos versos Lope respira por la herida que le había abierto la sátira latina de Torres Rámila. Sin duda que esta comedia debió escribirse a raíz del escándalo de la *Spongia*, pues versos atrás escribe otro exabrupto contra latinistas, representados en la persona de rústico Bato:

BATO. ¿Hay en toda la doctrina
que sea pecado entrar,
cuando sacan de cenar,
un cristiano en la cocina?
AMARILIS. No es pecado.

[1] *Dios hace Reyes*, II; R. Acad. N. E., IV, 601-a.

BATO. Pues yo entré;
que daba voces, señor,
y de la olla el hervor,
viéndome llamar, llegué.
Díjele: «¿Qué es lo que manda?»
Y un pie de puerco salió,
que en latín me respondió,
que ya por los puercos anda.
Lleguéme más cerca, en fin,
y de esta suerte le hablé:
«¡Válate el diablo por pie!
¿Quién te ha enseñado latín?» [1].

Pero, sin estos pasajes, que pueden ser manifestaciones circunstanciales del mal humor de Lope, aquí está otro de Rojas, bien demostrativo de que el latín era el pedantesco bordoncillo de los estudiantones que volvían de la Universidad:

SERAFINA. ¿Y es entendido?
GIBAJA. Echalo todo a perder
con saber latín.
SERAFINA. ¿Qué hace?
GIBAJA. Cuando te entre agora a ver,
la mitad de lo que diga
no lo entenderás.
SERAFINA. ¿Por qué?
GIBAJA. Estudió Filosofía,
y Teología también
ha estudiado en Salamanca,
y sin que sepa por qué,
hará en latín y en romance
una mezcla a dos por tres:
y cuando está muy en ello,
trae, sin qué ni para qué,
un lugar de la Escritura,
que venga o no venga bien.
SERAFINA. Tonto sin saber latín
nunca es gran tonto.
GIBAJA. Está bien [2].

---

[1] *Dios hace Reyes*, I; R. Acad. N. E., IV, 590-a.
[2] *Lo que son mujeres*, I; Riv., LIV, 196-b.

Creo que puedo dar por bastante este alegato, bien que podría nutrir cada una de las pruebas aducidas con más textos y lugares de nuestro teatro. De lo dicho se evidencia que el criado confidente, brazo derecho de su amo, era un hecho real de la sociedad española del seiscientos; que este hecho se producía originariamente en la vida estudiantil, de la cual derivaba a otros medios sociales; que de esta realidad peculiar de la época tomó Lope de Vega y los continuadores de su escuela este elemento, acentuando su carácter cómico y dotándolo de elasticidad y adaptabilidad a las situaciones dramáticas más diversas. Estamos, por tanto, una vez más, ante una característica realista del teatro español, tan definido ya por su permeabilidad y su capacidad de absorción del medio ambiente, por su historicidad seiscentista, por su transparencia de la vida cotidiana española, de la cual es crónica y estampa fidelísima.

Merced a esas condiciones de nuestro teatro, me ha sido posible conducir la demostración antecedente, buscando en la literatura el hecho real o fenómeno social que es, a su vez, el determinante del fenómeno literario. En trabajos sucesivos estudiaremos los demás elementos, que, como dije al principio, entraron a formar la figura del donaire.

MIGUEL HERRERO.

U.C.L.M. Biblioteca General (C. Real)